

**SOMBRAS DEL FUEGO**

**MARIANA BERNÁRDEZ**

Colección Punto Fino, coedición del IPN, Fundación Alejo Peralta y SEESIME. México, 2000.

Si me quitan las palabras  
entonces no podré llamar  
al sol

    vacío  
    orquídea  
ni dibujar la noche  
    para dormirnos

Ciega sorda  
mis manos regresarían a sus nudillos  
al ser incapaz de recordar  
si hubo lluvia  
un día anterior a tus labios.

Porque era jueves  
cuando bebíamos tequila  
junto a la ventana de un bar  
y éramos solos  
como los «caballitos»  
sobre la mesa de madera  
acompañada la tarde  
por mitades de limón  
y pizcas de sal

Tus ojos se hundían  
sin que hablaras  
luego tarareabas  
y comenzábamos el ajedrez

A veces acariciabas mis dedos  
sólo a veces  
cuando el tequila  
enturbiaba

En tu vida no había recuerdos  
sobre el mar  
sí de montañas  
de amaneceres escarchados  
alguna mulata  
de ancha sonrisa  
y cadera bailarina

Quizá, para mí,  
debía ser la cuchilla más fina  
pero el tequila también  
me enturbiaba  
al punto de saber  
que el amor  
era tejer silencio  
cadencia de horas  
al asomarnos sobre el puente  
y ver lo negro hacerse más negro  
mientras  
me dejabas tomar tu brazo  
como si estuviéramos  
ante un escaparate de la Gran Vía

Era el tequila o era el jueves  
No lo sé

Sí sé que hoy es jueves  
y no hay tequila  
ni mesa de madera  
sólo yo pensando en tus ojos  
sabiéndote perdido en otras calles

de luz distinta a la mía.

## **Sobre una naturaleza muerta**

### **El agua**

La tarde se cobija en mi ojo  
que no mira por la ventana  
Se enfrasca en la imagen  
que no abre el tiempo

La imagen es una fisura  
una mesa con dos vasos  
el mío  
    conserva intacta la mano  
el tuyo  
    se dilata hacia un fondo  
    que termina en tus labios

La imagen  
    se hace pausa  
deviene nube puntual

Los vasos no se tocan

En las servilletas  
la humedad se esparce

No jugamos zigzag  
tus dedos  
    tamborilean un silbo  
los míos encierran un rayo

Quizás apoyamos los brazos  
para alzar el cuerpo  
pero la pared es lisa  
    una sonrisa a medias  
    un movimiento exacto  
para no caer

Siempre los vasos  
y las servilletas húmedas  
Siempre las sillas  
    y las mesas

Las miradas se tejen  
para lanzar  
    un tiro vertical  
y los vasos beben  
    lo que callamos

Hoy que no llueve  
    que tus ojos acechan aire  
huele a silla  
    y a mesa

Nunca bailamos.

## Ficha blanca

Debieron ser verdes los montes  
y el mar muy azul  
las calles de casas viejas  
y en una de las puertas  
tú mirabas  
                  la jacaranda.

Digo que debieron  
                  porque nunca anduve  
                                  sus piedras  
Lo que supe  
                  fue por tus cuentos  
Lo demás  
                  Me lo inventaba.

La escena se repitió  
                  durante largas tardes  
Los dos callados  
                  acechando un indicio  
No bastaba con seguirte  
ni que pisaras mi sombra.

Al llegar la lluvia  
                  se me enredaba la nostalgia  
mezclándose el agua con la voz  
haciendo del paisaje arraigo de espina.

Al dolerte el cuerpo  
lo olvidabas en un trago  
ficha blanca cerrando el juego

Eso era la lluvia  
                  y tu rabia  
                  y la mía  
                  y dos vasos secos  
                  esperando la siguiente ronda.

## Círculo perfecto

Las paredes trataban de ser blancas  
ese blanco del trópico  
que irradia sol  
y con la sequía es polvo.

La única ventana estaba rota  
y del techo pendía  
    un ventilador sin aspas  
las sillas eran jirones de polilla  
y el aire en ventisca  
acumulaba los olores del calor.

En lo que podría ser un mostrador  
la mujer nos miraba  
    desde la lejanía de un puerto  
    Veracruz en la Parroquia  
    o Playa Carmen  
¿Cuántas veces mis pies  
    en danza fingida  
    discurrieron con los tuyos  
    en el ancho de una puerta?

Y hubo muchas mujeres gordas  
y ebrios tirados en hamacas  
y adolescentes arrebatados de sexo  
que vieron mi desgano  
    mis manos en rabia  
    el agua ahondándome  
    en ciénaga de llanto

No me sorprende  
la mujer del mostrador  
las alas rotas  
    de las paredes  
el trópico  
ni tus labios mordiendo  
    el cigarro  
peor es el círculo perfecto  
    sin murallas  
    el tiempo lineal  
    que amarra mis días  
y saber que nuestro rastro es el mismo:  
    una mesa  
    dos sillas  
    y unos vasos silenciosos.



Lo amé  
con el cuerpo en sombra  
y el corazón  
recoveco de piel.

Porque ese día entró un colibrí  
el perro orinó los papeles  
las calles se crucificaron  
y no supe del aire  
    ni de tus ojos  
    ni descifrar las señales  
que anunciaron el alba  
    de tu aliento.

Tu voz pone alas  
donde las sombras  
Quietud del naufragio  
nitidez del fuego  
cuando toco tus labios.

**-armonía-**

El jazmín del vino  
contenido en el cristal  
tal vez sea lo único  
en la sordidez del habla.

La mesa se diluye  
    las sillas  
        y el cielo

Sólo la copa perfecta  
cuyo púrpura  
inunda el mantel.

¿Cómo no beber y acallar la voz  
de la muerte?

¿Y si el azul es blanco  
y la luz es una lasca  
donde el rojo es verde?

Aunque fuera pájaro  
o raíces al aire  
el amate es la sangre  
que tus ojos asoman  
cuando tus dedos bailan  
al ritmo del agua.

El ladrido del viento  
presagia el sosiego  
La mirada fija  
El oído desatento  
Los pies a punto de graznar

Los cuerpos acechan  
el movimiento de un gemido

No pasa nada  
sólo la herrumbre  
el cansancio de arrastrar  
las montañas

No pasa nada  
el sigilo de cada paso  
la bolsa abierta  
la llave

La mente  
acaricia el ruido de la ciudad  
la velocidad de sus letreros  
su olor penetrante en humo

En este cuarto  
nada pasa  
tampoco en la sala  
el comedor  
ni en la estancia  
pero sientes la intensidad  
las luces que se asoman  
y no sabes qué te detiene

Afuera la danza  
Aquí sus labios en navaja

Sientes el hormigueo  
pulso hacia el vacío

Sola

El follaje en el vaso

Aquí también sola

El juego  
apuesta entre un dado y otro  
si tomas la llave  
si corres con el cuerpo frío  
¿qué pensarás al arrancar el coche?  
¿tu vida comenzará a vivir

antes de astillarse?

Dejas la llave  
no cierras ni abres

Nada pasa en este cuarto.

Le enfilaron los whiskies  
en ronda de cuatro  
a la quinta murmuró un nombre  
que sabían era el tuyo  
                  por los verdes de su cielo  
                  y la sequía del monte

Se aferraba a las fichas  
de agujeros negros  
De vez en cuando  
por si acaso  
                  alzaba la vista

                  Cuando te ataron los pies  
para que no bailaras  
recordó tu cuerpo  
tu hablar de manos  
y tu boca gritándole  
                  "lo quiero todo"  
y la paciencia  
                  del hombre de cuarenta años  
te dijo que en esta vida  
                  no se puede tenerlo todo

Recordaste sus silencios  
su mirada de tequila  
y el zumbido de la noche  
cuando te ibas  
y ni siquiera te había tocado

Recordó  
                  hasta hundirse  
                  en lo más blanco del negro  
tu rostro reclamándole  
desde el marco desvencijado  
¿de la puerta o de la ventana?  
y no supo si ese nombre  
                  que lo ahogaba era invento  
                                  insomnio o claridad

El whisky lo embotaba una y otra vez

Desde el mostrador el cantinero  
                  ¿Juan? ¿Pedro?  
meneaba la cabeza para murmurarle  
que el rojo o el amarillo  
no importaban  
el dolor se lo había hecho grande  
como cráter sin hollín  
y ese nombre que lo mordía  
esperaba otra ronda



en un sitio  
al que le daba miedo entrar.

El mundo nuestro  
se fue acumulando  
en la ceniza  
Presencia del humo  
    Memoria del cuerpo

Los gritos de los borrachos  
y el mal avenida trío  
se espantaban con el cacareo  
                    del traspatio  
ambiente sórdido para olvidar  
los arañazos de las palabras

Las fichas sobre la mesa  
inermes ante mis ojos  
al mirar los tuyos abotagarse  
                    de tanto silencio

Cuántas veces recorrí los caminos  
apretados de tierra  
para sacarte dormido  
con sueños de caballo en relincho

Luego llorabas viejo  
porque se te ablandaba el tiempo  
y el corazón no se te encogía

Y dejó de existir  
la secuencia de las semanas  
El mes era levantar un pie  
                    detrás de otro  
para ver la costa de mar revuelto  
o echar la vista  
    en trampa de dado  
        hacia la sierra  
y morderme el vientre  
creyendo que en algún momento  
el vendaval me arrancaría  
de ese camino y de esas piedras

Cuando encontraba la limpidez de tus manos  
                    la tarde se mecía  
Si me confiaba  
hallaba un tanto de luz proveniente del mezcal

No sabía quién era más cobarde  
si yo  
    por no beberme la vida de un trago  
o tú  
    que la bebías minuto a segundo

Tal vez lo que me ató  
fue el rumor del tiempo  
el oleaje antiguo de sal  
el estruendo

No lo sé

Miro mis manos  
y da lo mismo  
en el fondo del vaso  
                  está mi rostro

No necesitas ningún otro lugar.

Tendrás como todos tu propia historia  
Algunos pasajes atienden ciertas tardes  
donde al paso del billar  
aprendías a fumar

No eras un mal tipo  
y hubo sueños que te arrojaron  
a la ciudad

En una de tus largas caminatas  
compraste un boleto para un concierto  
que ejecutaste con precisión

Entre las butacas  
Su cuerpo  
Sería agradable verlo enredarse  
en sábanas  
cortinas y sillas

No supiste dentro las escalas  
que subían y bajaban  
con aritmética contundente  
que aquel rostro era una cabeza  
Sus ojos  
eran tan dulces  
cómo adivinar que recogería su vida contigo  
dejándote a dos hijos tan como tú  
tú, que le darías caja de paredes blancas

Así te estabas  
arrebatando tiras de luz  
un tequila que no fuera reposado  
porque el fuego se quema con más fuego

Mirabas la cortina  
La soledad te enloquecía  
En tu monólogo ditirámico  
el pie quebrado era excusa  
para saber que tu elocuencia bastaba

Detrás de la ventana el verde aquejaba sed  
Bebías otro tequila para desaparecer el dintel  
¿El olor de algo que se cree un siempre  
dónde está sino en esa pared blanca?  
Otro tequila comenzaba a gotear por tus ojos  
Qué incomodidad  
No había pañuelos limpios

Por qué no cantar hasta vomitar el último rencor  
lavarte ese dolor ajeno  
el error, el error, cuál error

¿No era ella patria, música, jade blanco?

Se acurrucaba en el sillón mirando la oscuridad

¿Cuándo tus manos se volvieron alas repugnantes?

Esa noche no viste su silueta

que creías velaba tu sueño

¿Habría flores y mantel de piqué?

Cuando te encontré

habías llenado las botellas de tequila

para que al asomarte no vieras sus ojos

ni te atormentara el no recordar su nombre.

## Lunas triangulares

¿Cómo saber lo que tus ojos pensaban?

Un día la azucena en alba roja  
dijo que se moría  
y cumplió la vendimia de la nieve.

Se sucedieron las noches  
las lunas triangulares y el llanto  
agolpados cual marea enjuta  
en tus pulmones

Nada tres veces nada  
ni agua ni luz  
La muerte asaltando los candiles  
sombra de madera  
en un cuarto del cual sólo se conserva  
una cama de pies y ladrillos

Al quinto día salí a sentir la vida  
a embriagar mis pies  
con el sonido de la calle

Supe por otras voces  
de tu empeño  
Buscaste en el florero  
    en la alacena  
    la azotea  
hasta en el aire  
    un rostro ajeno  
a los tiempos  
    de equinoccio

Y te bebiste el llanto  
y el llanto fue fuego  
y al fuego  
    no lo pudiste quemar

Dicen que te brillaban los ojos  
Digo que se te secaron.

A pesar de que su vista contorneara  
las sombras de Comala  
podía pensar

Al anochecer sabía del vaso oscuro  
presente en las manos de Hécate  
y los nombres  
asomándose por sus dientes  
sorbían las imágenes  
del sudor destilado en la ruleta

«Hay un punto en común  
desde el Cid hasta Macario:  
las alimañas  
que sólo se han conmovido  
ante el pie que las aplasta».

Digo, no, recuerdo lo inútil  
los hilos despeñados  
que llenaban tu boca  
al golpear la mesa

Los demás te mirábamos  
este dizque güero  
de manos delineando triángulos  
donde hay círculos poblados de tierras ignotas  
o ¿idiotas?, no sabíamos

Pasabas las tardes sentado  
Te cambiaban de silla  
y entre tanto balbuceo y vericueto  
ciego escribías en los tablones  
y se te iba rompiendo el tiempo.





## **Past**

Él era un infeliz gusano; lo había escuchado, leído, tantas veces, que nunca lo creyó cierto; un gusano tenía ser; sí pero él era un conato; así, la descripción justa sería: «él era un intento de un infeliz gusano». La frase, cómo no pensarla después de saber que sus ojos, ni siquiera lascivos, la recorrerían.

Llegó el ruido de la inmovilidad  
armonizando vaivén de palmeras  
que imaginabas a través de la ventana

También el polvo de la sombra  
inundó los edificios  
y soñaste con el fuego líquido  
    donde el jazmín  
animaba el canto del agua

No podías olvidar las calles  
de piedra enmohecida  
y el dolor de no compartir  
esa mezquita de arcos multiformes  
o la visión de la sirena  
    atrapada en estanque

Ni el silencio  
que anuncia el paso sordo  
de la tortuga en la noche

Ni los arcos de ese portal  
resollando palabras  
que se te escapan  
al mirar el agua en silueta

Los ojos se te quemaron  
porque hay una embriaguez peor  
    a la del agua-ardiente  
es la del negro que se ensancha  
en boquete que se traga tus lágrimas.

El mundo se abrió  
bocajarro en erupción  
y toda la negrura de la lluvia  
tocó sus pies  
    que comenzaron a danzar  
en el transcurrir de la gota  
    hacia el río

La tierra antes empolvada  
era brecha que conducía  
    de la arboleda al nopal  
Ahí los domingos te sumergías  
en el olor de día no consumido  
y volcabas tu ira  
    sobre un agua que ardía

Ese día la lluvia te contrajo otro mal  
No hubo licor que apaciguara  
las voces que te azotaban  
    en rama podrida

Creímos que el paludismo mermaría  
a los pocos que quedábamos en ese poco

En la hamaca  
tu cuerpo era madero incendiado  
Se te fue el habla  
y el vuelo de pabilos  
lavarón la desesperanza  
llenando el monte de hierbas

¿Qué vieron tus pies?  
¿Qué brincó hasta tu pecho?  
¿Tonadas  
    de letanías monódicas?

Toqué tus manos  
para saber que la nostalgia  
no se cura ni bebiéndose el mar.

Eran los finales del tiempo  
el límite  
    rompería la furia antigua  
en miedoruina  
    el cuerpotemplo volvería  
    a las manos del fuego

No era extraño caminar en los sueños de otros  
reconocerse en el simple humo  
    o en el agua de los labios  
No importaba el temblor  
sino las sombras del eco opalino  
que reverberaba presencia

Nostalgia del ser  
    encontrar cueva y abrazo

Nostalgia de alba  
    por quebradura del recinto  
el aliento fulge en promesa de sangre.

La vida huyó en el lamento de no tenernos  
imposibilidad que me aventuró a otras tierras  
y a ti a otro cielo.

La piel se nos fue transparentando

Dejaste hijos que contarían  
que el abuelo en vez de ojos  
                    tenía mordidas de noche

Yo me enredé en papeles  
                    de tonalidades blancas  
que olía en busca de una tierra  
                    que me punzaba el vientre

Los perros se morían  
y las carreteras ya no eran cruzadas por burros  
Recordaba tu mano recogiendo  
humo hacia tus labios  
y la música lenta adormecía hasta ese lamento  
que subía desde los pies

No recuerdo con claridad la última vez de tu rostro  
no conservo más que una fotografía en una feria  
ni siquiera sequé una de esas flores que me diste  
mordiéndote el amor como si dijeras por descuido  
una blasfemia

No recuerdo tu cuerpo  
ni tu olor  
ni un poco el tono de tu voz  
pero sí el vibrar del aire  
el embestir del miedo  
al sentirte arrebatándome

Y hubo otros días  
con otras historias  
y tardes fumando  
                    ante un tinto sin paladear  
con la resignación absurda  
                    de no pronunciarte

Y cuando el mundo se acertó por un sol  
que ya no iba a ser para nosotros  
oí tu risa como cascada rota  
y fue la primera vez que tomaste mi mano  
para bailar en un kiosco vacío.

Besarnos en la fragilidad de la muerte  
en la contundencia de una distancia  
sujeta al agua y al tiempo diáfano

Brincar los montes y andar el desierto  
que no se ha de cerrar  
por falta de labios

Abrazarte en el amor puro  
de un fuego que consume  
silencio de toda nube  
oscuridad de toda palabra

Aún de la imposibilidad  
el corazón se abisma y se cumple.

Déjame rozar la sombra de tu cuerpo  
sentirte en la oquedad  
de la silueta hecha agua  
Déjame temblar en tu mano  
en el aire de tus párpados

Pensarme arena sin pies  
trazo prístino  
    sin días vividos  
    sin lamento

Déjame ser única  
de piel tersa  
    sin mancha  
ofrenda soplo verbo  
    todo

Sus ojos se inundaron  
ante los suyos 70 años más puros.

Podría decirte que la jacaranda  
se secó ante la sed  
y la espuma de un océano  
Pero avivaron tu ausencia  
las visiones insignificantes  
    la hormiga atenazando una hoja  
    el resbalar de una gota por la piedra  
ese instante donde el discurrir se abría  
para dejarme un hueco que jalaba hacia adentro

Podría decirte que ese sentirse fuego  
no se apagó con la sangre espesa del vino  
ni con tus garabatos a máquina  
pero mentiría  
porque tu amor es un referéndum de dioses  
que con su pulgar evaporan la gota  
y aplastan a la hormiga.



La pared florece  
Sus grietas son ventilas  
    germinando imágenes

En ese silencio  
golpeado por la sombra  
el trotar del aliento se bifurca  
en humedad y presencia

Nada abismante nada  
En ese tremor  
tu rostro toma mi pensamiento  
deshilvana el ovillo  
y llega al centro  
    para cegarme

Duermevela donde entreveo  
el tendedero  
    las azoteas  
        el chirriar de los aviones

Desierto  
    en el lleno de tus palabras.

Tu voz  
Vibración de espacio sellado  
no me ata a la luz de la noche  
Nada dice del viaje  
                  por los siete cielos  
ni sobre los círculos del mar  
Distante como erupción de diáspora  
batalla para unir las puntas de la hora

Los pies no se han desprendido  
pero los ojos hace mucho pisaron  
                  las arenas de Odiseo  
y en el vuelo las sirenas fueron cómplices  
                  Edipo oráculo  
                  y Delphos sólo rastro de «lirio»

Tensas la cuerda  
para elevarte en canto  
                  y en un fragmento de aire  
                  te echas a cuesta los montes  
Desgastadas tus sandalias  
                  me preguntas si el amor  
                  fue algún día nuestro

Entonces recuerdo los ojos de Helena  
y el oro de una manzana  
                  convertido en moneda de cobre  
con la cual compraste la muralla de Troya.

En la mesa de tres patas  
enfilaban los «tintos»  
La muerte giraba  
    con ojos de lechuza  
y yo bailaba al compás de palmas  
que rasgaban el espacio

Esa vida no era la nuestra

Sumergidos en papeles  
o en números contables  
se nos iban los meses  
    vagones cruzando las calles  
    de una ciudad en llamas

Cerraba los ojos  
porque la vida corría más rápida  
que el líquido que envenenaba tu sangre

Eras tantos que nunca conocí

Al llegar la noche  
la navaja ácida  
atravesaba la vigilia  
y el horror del pulso  
    el crujido de las paredes  
me envejecían hasta el sopor de las sábanas

En el torrente  
hablar con ese polvo  
    que se hacina en la boca  
    y paraliza el silbo  
Sólo el latido en relámpago  
tratando de salirse del tiempo

Qué larga diástole  
Qué lento suspiro

Dentro del compás  
«punta / tacón» «braceo en alto»  
el cuerpo se arquea  
para perderse en el trasvase  
    de la tierra al aire

Tu mirada detiene mis pies  
la madera de los cócalos me astilla

Tu mirada aún me bebe  
ajenjo que nubla tu sueño.

No fue la embriaguez del tinto  
o la de las semillas de agua  
la que ardió en nosotros  
fue esa inutilidad  
de no poder romper los trazos  
que ataban tu cuerpo a una mesa  
y el mío a la danza.

Desde el centro mismo del canto  
donde el sueño usurpa la entraña  
nunca perdonaste el que no saltara

El aire era región para tu cuerpo  
—sol de alas—  
El mío al mirar las profundidades  
tocó el cielo

Siendo raíz quería ser luz  
Siendo vuelo ansiabas el fuego  
Nunca descubrimos  
cómo el fuego se hacía en luz  
hasta ese día que te arrojaste al vacío  
y supe que los acantilados son grietas  
que en su seno cobijan al rayo.

El cuerpo te crujía  
Madero bajo las aguas  
de un desierto  
que abrazaba tu garganta

Tus brazos en forma de islas  
habían sido zurcidos por las olas  
en una imposible bocanada

¿Por qué tú habías llegado  
y los otros quedaron en jirón de espuma?

Sus lamentos te hacían andar  
y en lunas de luna alta  
te bebía el saberte tan vivo  
y tan desolado.

En la bruma que era hablar  
las palabras caían al piso  
ése que balanceaba  
las patas de una silla  
o las caderas en rumor  
de tabaco vertido en fuego

Nuestras manos  
humedades de un sudor de labios  
temblaban para quedarse en quietud

Los días dejaron de ser los mismos  
al igual que tu rostro curtiendo los magueyes  
Tu sonrisa revelaba el gesto  
del que se quiebra por un hielo  
de agua no bendita  
y todo el mal que te desearon  
te bautizó desde ese día  
hundiéndote más y más  
en cada surco de tierra.

Durante tantas noches de polvo  
con los pies en espina  
y la garganta despierta  
tu rostro se me borraba

¿Se hizo viejo el sendero de la visión  
el brotar de las aguas  
que entrechocan con la piedra?

¿Cómo sabernos a tal distancia?

Te arrancaste en vuelo resquebrajado  
y los que se detenían a escuchar el silencio  
vieron tu error por los montes

Te esperé en ese cuarto  
casa de paredes maltrechas  
con la dignidad de una vara seca  
y cuando el agua se me hizo fuego  
salí a oler la tierra  
para saber que ni ella  
podría apagar la sed del vacío.



La gota resbala en movimiento circular  
desaparece en el resto de la humedad  
así mis ojos pierden su asidero  
de tanto fuego en ceniza.

Encerrados cuerpo adentro  
sueñan en sucesión de imágenes  
hasta llegar al nimio movimiento  
para ganar respiración.

Anegados  
tu mano trata de limpiarlos  
de la arena revuelta  
pero caen astillados  
ante la imposibilidad de tu boca.

Nos enseñaste a andar las olas  
el origen del viento  
la profundidad del sol  
y el ritmo del baile quebrado

Memoria de tus brazos alzando la noche  
en luna llena de redes  
Tu mano callosa aventando ostras  
y almeja roja  
Tu nariz reventada  
por la hélice de una lancha  
que no salvó al velero de entrar a las rocas  
Tu mandíbula tensa  
ante nuestras burlas  
cuando te pusieron a picar calles  
de ese pueblo que te tragaba  
Tu primer cayuco  
y la hilera de hermanos  
que engrosaron la cintura de tu madre  
con la mirada fija al echar la suerte en caracoles  
y la tortuga en la que montamos  
para llegar a la isla y olvidar el futuro  
ése que abofeteó durante la tempestad  
y que nunca huyó de nuestro cuerpo.

Recuerdo el malecón y el muelle de madera  
entre sus tablones brincaba la espuma  
y por la espalda golpeaba la sal  
decías tenue, nosotros feroz

Luego caminábamos por el estero  
asaltando el criadero de camarones  
y algún adormilado lagarto  
A la derecha  
la ladera del monte  
abrumada por el rojo de las techumbres

Al atardecer  
la cacatúa, el burro, la mantaraya  
quedaban a tu cuidado  
bajo severa promesa  
de abrocharnos las sandalias  
y no torturar la piedra  
entre los dedos

Nada queda  
ni cocoteros

ni delfines riendo  
el mar es y no es el mismo  
como nosotros  
que a pesar de desandar la arena  
no sabemos en qué verano  
abandonamos tu vida.

Cómo olvidar sus ojos lánguidos  
de oveja hambrienta  
a punto de desovar palabras

Esa luz café  
con olor a mañana en deshielo  
que inhibe el pudor del sueño

Cómo habría de olvidar  
tanto llanto almizclado  
que se confundía  
    con el borbotón de whisky

Así que por más que lavaras las manos  
en el papel blanco de una noche  
el hecho era el mismo:  
la vida escapándose  
    entre laberintos sin Ariadna.

**Hundirse**

hasta confundir las tonalidades de la luz  
dejar de sentir para andar los vericuetos  
del laberinto  
a tientas a tintas sonámbula

Hundirnos para encontrar los nombres  
y borrar el gesto cotidiano  
de ser un objeto más

Irse por un resquicio  
y perder la palabra  
que no puede articular el sonido

Quietud del fuego.

Cuando el alba sorprende  
el temblor de las manos  
y los ojos cargados de humo  
la claridad es horizonte

Ella evoca la penumbra  
con su arder de ceniza  
el ruido de las fichas  
y el estrépito de los vasos  
sobre el aserrín

Tu frente disertando sobre el par  
y ahorcas con blancas  
mientras escuchas la burla  
de la mula de seises

Ella entiende la puerta cerrada  
el viernes bebido en tequilas  
a son de cadera amorfa

Entiende el transcurrir  
donde nada sucede  
rendija que te abre en fruta verde  
Sabe que otras pudieron ser las fichas  
o el color circular de la canica

Tus dedos fallaron el movimiento

¿Azar o precaución?

Y cuando la duda te quema hacia dentro  
ebrio hasta las uñas  
tomas la calle y recuentas los pasos  
pero los números también te engañan  
No sabes regresar.

El último retazo de luz  
gira en vértigo ante tus brazos  
La música voluta que cae  
se encarga del resto

Arrasaste  
    con los pocos acordes  
        de tu memoria  
Inmerso en la blancura  
    de una espera inhallada  
las barcas de su rostro  
se perdieron en el hilo de los días

Vencido en una silla  
balbuceabas la ráfaga  
    de su cuerpo  
Eras un herido  
y nadie se acercaba a beber  
    de ese manantial

Te convertiste en pared  
    mesa  
    luego mancha  
No hablabas  
sólo se escuchaba tu latido  
que retumbaba porque sí

En ese tiempo de tu lamento  
acunaste la rabia  
que te levantó andar las piedras  
¿Dónde había quedado la raíz  
    el color de la selva  
    el palmar y la casa?

Cuando llegaba al recoveco de la playa  
al deletrear el origen de mi nombre  
volvía a recorrerme la sensación  
de tu mano guiando la mía  
No habías muerto  
Simplemente los ojos  
    ya no sostenían.

Nunca entendió cómo se desprendía  
el fuego de los maderos  
Tampoco  
en qué instante perdió tu cuerpo  
sólo el rojo del carbón  
                  en la garganta

Trataba de adivinar ese brinco de yegua  
y lo único que tocaba era la sequía  
                  en nubarrones de polvo  
filo de redes húmedas y rotas

Se preguntaba si la vida era eso  
la visión del camión destartado  
haciéndose mota de humo  
o ese inmenso fuego que lo reptaba  
para convertirlo maíz  
                  o esqueleto de vaca  
para quien andaba el desierto

Nunca preguntó si existían los demás  
ni averiguó cómo se pueblan los manglares  
Salía de noche desaguando el cayuco  
para luego pisar la arena  
y enfriarse de tanta marea alta

Los otros jamás supieron por qué  
sus ojos fueron ceniza  
y confundieron su cuerpo  
con el castigo del sediento.



Tus ojos aves de ajeno  
enturbiaron una tarde de naranjos en verde  
Tu cuerpo cachorro por hambre  
delineaba el vacío donde se salvan los desahuciados  
pero no los amantes que precisan el cuándo del viento

Eso ya no éramos  
quizá madera demasiado suave para el roce  
demasiado ajena por nuestra  
hielo en nota aguda que signa la entraña  
manifiesta en nosotros  
por el frío aterido del fuego  
ahora agua de mis ojos ya no tuyos.

Repetías los versos del poema de Kavafis  
Tus muros no eran construidos  
    estaban ahí  
al irlos descubriendo la asfixia enrarecía el aire  
Era un laberinto delimitado por calles  
pero algo dentro sabía que la vida era más que un cuarto  
que trastocaba tu piel y te reducía a cuerpo hueco  
    por el que se te escapaba el aliento  
    y el tiempopreciado más que el agua y el fuego

El muro se volvió tu piel  
Bebías para recordar la euforia del estatismo  
rompiendo piso  
    techo  
                    y pared  
hasta extender los dedos a la luz  
No querías despertar  
a esa masa barrunta de huesos  
                    de músculos  
abotagados por el mezcal.



Qué lejano el ruido de una guerra  
que no era tuya sino por la radio  
En esas paredes de vidrio azotado  
por graznido de ave desconocida  
añorabas la lluvia  
    el caudal del monte  
        la paz de la soledad no escuchada.

Nada te resguardaba  
ni el pan  
ni la sandalia  
ni las murallas de alabastro y almizcle  
Rascando el humo penetrabas el azul del fuego  
y nada te llenaba porque la casa sobrevivida  
no era tronco sino raíz enrareciendo luz  
que las palabras no obligaban a reverdecer.

Cuánto conjuro recitaste:  
«Hilo rojo para el amor  
    néctar de colibrí  
        ofrenda de grano  
            y jícara de pulque».

El viento se había llevado las tejas incluso el camino  
luego el agua que no cesaba de silencio despertándote  
el pueblo oculto en la bruma  
y tu voz retumbando los nombres que engañan el alma  
«Juan, María, Nicanor, Melquiades, Santos, Pedro»  
y el mar  
    plato de sopa evaporada  
te guiñaba resplandeciendo su desierto  
«Adela, Rosa, Elena, Teodoro, Herminia, Ifigenia»

Tus ojos inundados cuando Chito  
con sus tres patas te husmeó como quien encuentra tierra  
y su lloriqueo se alzó con tu grito  
que nos retumbó hasta dentro

«Padre de todos los santos, dónde está tu cielo».

«No sé desandar» les escupiste  
Luego miramos tu vientre ajado  
donde resonaba el filo  
del movimiento rápido  
de quien no es asesino  
Ahí quedaron los cerrojos de esa historia  
que te deformó en ese pueblo carcomido  
por la selva de agua insalubre  
de polvo amasijado  
Oímos el rugido del dolor  
cuando la soledad es alta  
y desnuda la piel en brillo de hueso

No moriste  
tal vez los demás sí  
pero tú no  
El fuego te hizo volar más lejos  
e imaginábamos cómo sería la vida  
cuando se logra desanudar el alma  
¿bailabas pasos dobles  
o eras pisado por una vaca?  
¿habrías aprendido a usar zapatos?  
Nadie hacía sonar la campana  
que afirmaba el dormir del domingo  
Se nos rompió el tiempo  
y yo fui faro  
vigía  
acantilado  
a pesar de saber que cuando se llega a la orilla  
la selva devora hasta el olvido.

Te soñé caminando esas calles  
a donde voy cuando deseo escapar  
esteros de luz donde se despliegan  
las voces de los que gritan al vivir  
el taconeo en lugar del girar de ruedas  
las palmas agitándose para atender el discurrir  
y las mesas tiradas como dados  
al pie de la vendimia de escaparates

Cargo libros empaquetados  
y su olor me embriaga más que el tinto  
que circula el aire en día de feria

Pareciera que hemos estado ahí desde siempre  
o serían nuestras sombras esperando a ser cuerpo  
No lo sé  
El pasado no es ayer sino día vivido desde antes  
Reconocernos  
Nunca tuvimos un canario  
No me es ajeno tu mirar  
y tu sonrisa me confirma que está bien la calle  
                  y los escaparates  
                  y mis libros  
                  y todo este ruido  
                          que todo está bien  
                          que somos los de siempre  
y que esta vez sí vamos a tener un canario.

Suponíamos la vida en otra parte  
no en esa cadencia absurda de horas y minutos  
que se deslizan sin huella  
No en esa pantalla vacía  
donde los dedos escriben innumerables cifras  
mientras la mente juega con la rima  
"oficina/cantina"  
o repasa el último verso en la noche apenas leído

Dónde suponer la vida  
la nuestra tan igual a la de tantos  
¿en el teléfono?  
¿en la multitud de rostros?  
o en el vértigo que empujaba al abismo  
al que nunca llegábamos  
para luego deletrearlo  
en el transcurso del sábado todavía más lento  
cuando *la puerta se cerró detrás de ti*  
*y nunca más volviste*

La gente parecía tan feliz  
Con sus ansias de bailar  
parecían tan libres

y tú y yo observando sus cuerpos  
tras la transparencia del agua  
caminando la calle  
con la certeza de ser  
su segunda piel  
y deseábamos su delirio  
queríamos reír hasta rompernos los labios  
que no sabían ya besar  
ni pronunciar el más liviano roce

y se nos perdió la vida

porque no supimos aceptar  
la forja de la mesa  
la madera del techo  
el llanto del niño

o quizá lo que no aceptábamos  
era la sordidez de la calle que confundía nuestro sentido  
y sordos y ciegos  
ni abrimos la puerta  
ni incineramos la culpa.

México, 1995-1999.

Una de las preocupaciones centrales de Mariana Bernárdez, es irse siempre, emigrar, no pertenecer al sitio que nos toca ocupar, lo que se expresa en esta idea y lo terrible de ello es el reconocimiento de que el lugar que dejamos no tiene memoria, pues no se duele de la ausencia de su habitante.

En otras palabras, todo ese exilio que tratamos de explicarnos a través de sus poemas es otra versión de la soledad. Las *sombras del fuego* no son gratuitas porque llevan jirones reconocidos desde la entraña. Las imágenes, metáforas y símbolos, proporcionan un conocimiento intuitivo, no de rigor filosófico, pero sí de rigor vivencial.

La poesía se presenta como un proceso de vida y de aprendizaje donde hay que ser cuidadosos, pues así como da luz, otorga oscuridad: lo que permite transitar por los caminos de la introversión y de la búsqueda entre el sonido y el silencio; descenso a los ínfimos que se caracteriza por la detención, vértigo de las fuerzas impulsoras del verso.

Raúl Renán

CUARTA DE FORROS DEL LIBRO *SOMBRAS DEL FUEGO*